

Para abrir la cuestión¹

Shoshana Felman

“Hay”, nos dice Rimbaud, “que reinventar el amor”². Es en ese espíritu que quisiéramos reinventar en estas páginas la cuestión, en apariencia evidente, de la relación mutua entre literatura y psicoanálisis. De hecho, deseamos sugerir que no es sólo el modo de abordar esta cuestión, sino también la mismísima relación entre literatura y psicoanálisis —la manera como mutuamente se informan— lo que debe de reinventarse.

Permítasenos desglosar esta propuesta en una serie de observaciones programáticas cuyo propósito sería el analizar y cuestionar la aparente neutralidad del conector y (conjunción copulativa engañosamente inocente, insulsa e insignificante) en el título de este volumen, “Literatura y psicoanálisis”. ¿Qué es en realidad lo que significa y? ¿Cuál es su significado convencional, su función tradicional, en el modo habitual de abordar el tema? ¿De qué manera nos gustaría *descolocar* esta función (reinventar este y) en los siguientes textos?, ¿qué quisiéramos que significara?, ¿cómo deseáramos que *operara*?

Si bien en términos gramaticales y se define como una ‘conjunción coordinada’, paradójicamente, en el contexto de la relación entre “literatura y psicoanálisis”, dicha definición con frecuencia se interpreta como una relación de *subordinación* más que de coordinación, en la que la literatura se ve sometida a la autoridad y prestigio del psicoanálisis. Mientras que a la literatura se le considera un cuerpo de *lenguaje* (a ser *interpretado*), el psicoanálisis es visto como un cuerpo de *conocimiento* de cuya pericia se hecha mano para *interpretar*. El psicoanálisis, en otras palabras, ocupa el lugar del *sujeto*, mientras que la literatura hace las veces de *objeto*. Esta relación interpretativa

¹ La revista especializada en literatura y cultura francófona, *Yale French Studies*, publicó en 1977 un número especial titulado: ‘Literature and Psychoanalysis. The Question of Reading: Otherwise’ (‘Literatura y psicoanálisis. La cuestión de leer: de otra forma’). Bajo la coordinación editorial de Shoshana Felman, los artículos contenidos en dicho número tratan, entre otros temas, sobre el papel que desempeñó la literatura en el pensamiento y los escritos de Sigmund Freud, Jacques Lacan y Jacques Derrida. Este artículo, ‘Para abrir la cuestión’, escrito por la misma Felman, es la introducción a dicho volumen. [N. de T.]

² Verso del poema, ‘La virgen loca. El esposo infernal’ de *Una temporada en el infierno*, escrito por el poeta simbolista francés Jean-Arthur Rimbaud. Dicho poema argumenta que “las relaciones humanas deben ser replanteadas; lo que entendemos por amor ha sido demasiado mancillado, demasiado destruido: es preciso reinventarlo” (de C. Bárbachano, en Rimbaud, J. A. (1995). *Una temporada en el infierno. Iluminaciones*. Trad. y notas de Carlos Bárbachano, Barcelona: Montesinos, 71). [N. de T.]

está estructurada, desde una perspectiva hegeliana³, como una suerte de dialéctica del amo y el esclavo; es decir, en el encuentro dinámico entre ambas disciplinas se da —en términos de Hegel— una “lucha por el reconocimiento” cuyo resultado estriba exclusivamente en reconocer el papel del amo, esto es, de la (verdad de la) teoría psicoanalítica. Por su parte, la función de la literatura, al igual que la del esclavo, es estar al *servicio* del *deseo* de la teoría psicoanalítica: su deseo de reconocimiento. De tal suerte que, en el ejercicio de su autoridad y *poder* sobre el campo de la literatura, en su empleo de un discurso de aptitud magistral, el psicoanálisis pareciera demostrar que el fin último de su relación con la literatura es su propia *satisfacción*.

Aunque esta relación puede resultarle satisfactoria a la teoría psicoanalítica, con frecuencia deja insatisfecho al crítico literario —al lector del texto—, quien tiene la impresión de que, en el marco de esta relación, la literatura, en términos prácticos, *no es reconocida* como tal por el psicoanálisis; de que la lectura psicoanalítica de los textos literarios justamente *equivoca* (pasa por alto, excluye) su especificidad literaria; de que la literatura pudiera incluso definirse como aquello que permanece en el texto *sin ser explicado* por la aproximación psicoanalítica tradicional a la literatura. Bajo la perspectiva del crítico literario, la literatura es un sujeto, no un objeto; por lo tanto, no es un simple cuerpo de lenguaje a ser interpretado, ni el psicoanálisis es un simple cuerpo de conocimiento con el cual interpretar, puesto que el psicoanálisis es en sí mismo un cuerpo de lenguaje, y la literatura es también un cuerpo de conocimiento —aun si el modo de conocimiento pueda ser diferente de aquel del psicoanálisis—. Lo que el crítico literario desearía, entonces, es suscitar un intercambio verdadero de ideas; entablar un *diálogo* real entre literatura y psicoanálisis, entre dos diferentes cuerpos de lenguaje y dos diferentes modos de conocimiento. Semejante diálogo debe ocurrir fuera de los límites del patrón amo-esclavo, el cual no permite un diálogo verdadero al enarbolar el estandarte de la aptitud, esto es, al tratarse de un monólogo unilateral *sobre* literatura de parte del psicoanálisis.

En un intento de trastocar esta estructura monológica del amo y el esclavo, quisiéramos revertir la perspectiva habitual en torno a esta cuestión y pensar la relación entre el psicoanálisis y la literatura *desde la perspectiva literaria*. No presupondríamos, como suele hacerse, que la tarea de definir, de distinguir y de relacionar la literatura y el

³ La dialéctica del amo y el esclavo es un pasaje del libro *Fenomenología del espíritu* del filósofo alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel, publicado en 1807. [N. de T.]

psicoanálisis corresponde a éste último. Quisiéramos sugerir, en cambio, (y cada uno de los siguientes artículos intentará demostrar esta proposición de un modo específico) que del mismo modo en que la literatura entra dentro de la esfera del psicoanálisis —de su competencia y su conocimiento—, de ese modo es que el psicoanálisis entra dentro de la esfera de la literatura —y de su lógica y retórica específicas—. Con frecuencia se tiene la impresión que el psicoanálisis tiene mucho o todo que enseñarnos con respecto a la literatura, mientras que ésta tiene poco o nada que enseñarnos sobre el primero. Desecharemos, pues, al menos como hipótesis operativa, esta presuposición. En vez de que la literatura se someta, como suele ser el caso, a la autoridad y al conocimiento del psicoanálisis, será el psicoanálisis mismo el que sea sometido a la perspectiva literaria. Sin embargo, esta inversión de perspectiva, no pretende simplemente alterar las posiciones del amo y el esclavo de tal manera que la literatura *asuma* ahora el papel del amo. Por el contrario, su intención es trastornar por completo esta posición de superioridad, evitar en lo posible *ambos* términos de la ecuación; en otras palabras, deconstruir la estructura misma de la *oposición* “amo-esclavo”.

El estatus singular de lo que se conoce como el “crítico literario” fue de hecho suficiente para mezclar y reorganizar los términos de esta alternativa. Puede argumentarse que la gente que escoge como profesión el dedicarse a analizar literatura lo hace porque se muestra reticente o incapaz de escoger entre el papel del o la psicoanalista (quien analiza) y el papel del paciente (aquello que es analizado). La literatura le permite no tener que escoger por la siguiente paradoja: 1), el análisis literario se asemeja al trabajo del psicoanalista; 2), sin embargo, el estatus de aquello que se analiza —el texto— no corresponde al del paciente, sino al del amo: en este caso nos referimos al autor como al amo, puesto que el texto tiene autoridad sobre nosotros, la misma autoridad con base en la cual Lacan define el papel del psicoanalista en la estructura de transferencia. El paciente ve al psicoanalista de la misma manera como nosotros vemos al texto: como un “sujeto que sabe”, como el lugar donde reside tanto el significado como el *conocimiento* de este significado. El crítico literario ocupa, entonces, con respecto al texto, tanto el lugar del psicoanalista (en lo que a interpretación se refiere) *como* el lugar del paciente (en lo relacionado a la transferencia). Por lo tanto, el someter al psicoanálisis a la perspectiva *literaria* tiene necesariamente un efecto subversivo en la tajante polaridad con la que éste trata a la literatura como su otro, como si fuera sólo un objeto de interpretación.

Hay otro aspecto en el que la literatura puede informar al discurso psicoanalítico de forma que deconstruya la tentación de asumir el papel del amo y de reproducir el patrón amo-esclavo. La literatura posee una característica constitutiva esencial de la cual carece la teoría psicoanalítica y, de hecho, la teoría como tal: se trata de la ironía⁴. Debido a que la ironía consiste en arrastrar a la figura de autoridad a un escenario que no puede controlar y del que *no es consciente* —por lo que así se convierte en la escena de su propia destrucción—, la literatura, en virtud de su fuerza irónica, lo que hace básicamente es deconstruir la fantasía de autoridad del mismo modo, y por las mismas razones, que el psicoanálisis deconstruye la autoridad de la fantasía: esto es, la afirmación de la fantasía respecto a que la credulidad y el poder son la única ventana por la que podemos contemplar y percibir la realidad, la única ventana a través de la cual la realidad nos resulta asequible y puede ésta acceder a nuestra conciencia. El psicoanálisis nos dice que la fantasía es una ficción y que la conciencia misma es, en cierto sentido, un efecto de la fantasía. De ese mismo modo, la literatura nos dice que la autoridad es un *efecto del lenguaje*, el producto o la creación de su propio poder *retórico*: la autoridad es el *poder de la ficción* y, por lo tanto, la autoridad es en sí misma una ficción.

Así, la primacía que esta postura le concede al punto de vista literario no significa sencillamente que la literatura reclame ahora —como ha sucedido con anterioridad— prioridad y autoridad sobre el psicoanálisis en virtud de su influencia como su fuente histórica y de ser su antecesor o predecesor en el descubrimiento del inconsciente. Por el contrario, el objetivo de alterar esta perspectiva habitual es descolocar el patrón de la relación entre literatura y psicoanálisis, y trasladar dicho patrón desde su habitual estructura de adjudicaciones antagónicas de prioridad y autoridad, hasta la escena de su misma deconstrucción.

En virtud de este cambio de énfasis, el método tradicional de *aplicar* el psicoanálisis al estudio de la literatura estaría de antemano descartado. La noción de *aplicación* sería reemplazada por la noción, radicalmente distinta, de *implicación*. Al hacer que las interrogantes psicoanalíticas sean relevantes para las interrogantes literarias, al *involucrar* al psicoanálisis en la escena del análisis literario, el papel del

⁴ En términos literarios, la ironía es considerada una “figura retórica de pensamiento porque afecta la lógica ordinaria de la expresión. Consiste en oponer, para burlarse, el significado a la forma de las palabras en oraciones, declarando una idea de tal modo que, por el tono, se pueda comprender otra, contraria” (Beristáin, H. (2000) *Diccionario de retórica y poética*. México: Porrúa, 277). [N. de T.]

interprete no sería *aplicar* al texto una ciencia adquirida o un conocimiento preconcebido, sino actuar como mediador y *generar implicaciones* entre la literatura y el psicoanálisis; es decir, explorar, traer a la luz y articular las diversas formas (indirectas) como ambas disciplinas en realidad se *implican mutuamente*, en un proceso que las ilustra e informa, pero también afecta y desplaza una a la otra.

En términos etimológicos, *implicación* significa ‘encontrarse envuelto en algo’ (del latín *implicare*: *in* [‘interior, hacia adentro’] + *plicáre* [‘plegar, doblar’]), indica que entre dos términos existe una relación espacial de *interioridad*. El concepto de *aplicación*, por otro lado, se basa en el presupuesto de una relación de exterioridad; una presuposición que, en el caso de la literatura y el psicoanálisis, puede resultar ser engañosa. Desde el inicio, la literatura ha sido para el psicoanálisis no sólo un campo aledaño de verificación externa en donde probar sus hipótesis y confirmar sus descubrimientos, sino también la textura constitutiva de su marco *conceptual*, de su aparato teórico. Cantidad de referencias literarias constituyen conceptos clave del psicoanálisis, que utiliza nombres literarios *proprios* de personajes ficticios (el complejo de Edipo⁵, el narcisismo⁶) o de autores históricos (masoquismo⁷, sadismo⁸). En otras palabras, la literatura es el lenguaje que utiliza el psicoanálisis para *hablar de sí mismo*, para *nombrarse a sí mismo*. La literatura, por lo tanto, no se encuentra simplemente *fuera* del psicoanálisis, ya que motiva y *habita* los nombres mismos de sus conceptos y es la *referencia inherente* a la que recurre para dar nombre a sus hallazgos.

Sin embargo, la relación de *interioridad* expresada en la interimplicación de la literatura y el psicoanálisis no es en lo absoluto sencilla. Puesto que ambas disciplinas son *diferentes* entre sí, pero al mismo tiempo se hallan “envueltas” una “dentro” de la otra; esto es, puesto que se encuentran adentro, y a la vez afuera, podríamos decir que los acuerdos mutuos a los que llegan ocurren al interior ésta de aquella y viceversa. Por lo tanto, la división cultural que se hace entre las “áreas” académicas de investigación no es ni mucho menos una geografía natural; no existen fronteras *naturales* entre la

⁵ Edipo es el protagonista de la tragedia clásica griega, *Edipo rey*, escrita por Sófocles alrededor del año 430 a.C. [N. de T.]

⁶ El mito de Narciso fue recogido por el poeta romano Ovidio en *Las Metamorfosis* (8 a.C.). [N. de T.]

⁷ Término derivado del apellido del escritor austríaco, Leopold von Sacher-Masoch, autor de la novela *La Venus de las pieles* (1870), que narra la relación del protagonista con una mujer a la convence de que lo trate como su esclavo durante su encuentros amorosos. [N. de T.]

⁸ Término derivado del apellido del escritor francés, Alphonse François de Sade, marqués de Sade, cuyas novelas usualmente contienen escenas explícitas de violencia sexual y diversas parafilias. [N. de T.]

literatura y el psicoanálisis que los definan y distingán. La frontera entre ambas áreas resulta indefinible puesto que en realidad se atraviesan entre ellas.

De esta manera, cada una es una amenaza a la interioridad de la otra, ya que cada una se encuentra contenida en la otra como su *inconsciente*, como “*la otredad en uno mismo*”. Así como el inconsciente atraviesa la conciencia, un cuerpo de pensamiento teórico siempre es atravesado por su propio inconsciente, su “no pensado”, del cual no es conciente pero que encierra al interior de sí mismo como la condición primaria de su disrupción, como la posibilidad de su propia subversión. Quisiéramos sugerir que, del mismo que el psicoanálisis señala al inconsciente de la literatura, *la literatura, a su vez, es el inconsciente del psicoanálisis*; que la sombra de lo no pensado de la *teoría* psicoanalítica es precisamente su involucramiento con la literatura; que la literatura *dentro* del psicoanálisis funciona como su “no pensado”, esto es, como la condición de posibilidad y el punto ciego autosubversivo del *pensamiento* psicoanalítico.

Los artículos que siguen son heterogéneos, con intereses y perspectivas variadas. Lo que comparten es que ninguno de ellos simplemente da por sentada la relación entre literatura y psicoanálisis; por el contrario, al reflexionar sobre el encuentro textual y teórico entre ambas disciplinas lo hacen no para dar respuestas sino para hacer preguntas, cuestionando al mismo tiempo las posibilidades y límites de éstas. Sugieren, por tanto, aunque cada uno de manera distinta y específica, cómo es que la cuestión de la relación entre literatura y psicoanálisis puede articularse: *de otra forma*, es decir, cómo el psicoanálisis y la literatura pueden reprensarse tanto en términos de su otredad, como de su sabiduría en común.

Trad. Ma. Antonieta Rosas Rodríguez

